Escuchar con otros oídos: Cinco principios para transformar nuestras escuelas desde una perspectiva raciolingüística

Por Nelson Flores

Cuando como educadores escuchamos a nuestros estudiantes nunca lo hacemos de manera neutra. Existen distintas formas de escuchar, y cada una refleja ideologías más profundas sobre quiénes son los estudiantes y qué se espera de ellos. Una de las más comunes es la del sujeto oyente blanco. Esta no es una persona en particular, sino una postura ideológica que, al escuchar a estudiantes racializados, se enfoca en sus supuestas deficiencias. Este tipo de escucha reproduce lo que se llaman ideologías raciolingüísticas—formas de pensar que entrelazan lenguaje y raza para marcar como deficientes las prácticas lingüísticas de comunidades racializadas. No describe el desempeño de quienes hablan sino describe la manera en que su lenguaje es interpretado. Así, las practicas lingüísticas de los estudiantes se convierten en un problema a corregir en lugar de un recurso a valorar.

Estas ideologías no son nuevas sino forman parte de una historia larga en la que las prácticas lingüísticas de comunidades racializadas han sido sistemáticamente enmarcadas como deficientes y necesitadas de corrección. Desde los primeros contactos coloniales, los idiomas indígenas fueron descritos como formas “primitivas” de comunicación, asociados con mentes incapaces de pensamiento abstracto. Más tarde, estudiantes bilingües racializados fueron caracterizados como semilingües, supuestamente incapaces de dominar completamente cualquier de los idiomas que hablaban. En tiempos más recientes, ese mismo lente de déficit se expresa en la noción de que estos estudiantes racializados carecen de lenguaje académico. Aunque la terminología ha cambiado con el paso de los años, el marco ideológico se mantiene constante. Se les presenta como poblaciones lingüísticamente deficientes, que necesitan ser remediadas por la escuela.

Es fundamental entender que estas no son descripciones lingüísticas objetivas, sino interpretaciones ideológicas que desvalorizan prácticas complejas y enriquecedoras. Basta mirar el caso de estudiantes Latinx bilingües. En su vida diaria utilizan con fluidez múltiples recursos, alternan entre idiomas según el contexto, juegan con registros, y se comunican con diferentes audiencias de manera estratégica. Lejos de ser deficientes, estas prácticas demuestran creatividad, flexibilidad y sofisticación. Sin embargo, dentro

de la escuela, esta riqueza es a menudo traducida como una carencia que necesita ser corregida en lugar de reconocida y apoyada.

Esta situación no es inevitable. En lugar de enfocarnos en lo que supuestamente carecen los estudiantes racializados podemos escuchar de otra forma. Podemos darnos cuenta de los recursos, las estrategias y las formas de comunicación que los estudiantes usan todos los días. Al hacerlo, podemos aprovechar estas fortalezas y abrir nuevas posibilidades de aprendizaje. Para orientar este cambio, propongo cinco principios que pueden ayudarnos a transformar el aula en un espacio donde el lenguaje se valore como herramienta de creación y no como una deficiencia.

1. Transformar nuestras prácticas de escuchar. Escuchar implica siempre una interpretación. Con demasiada frecuencia los educadores interpretan buscando deficiencias lingüísticas. Pero otra manera de interpretar puede ser orientada a valorar la riqueza del repertorio lingüístico de los estudiantes. Reconocer y documentar estos recursos nos permite ampliarlos y extenderlos, en lugar de minimizarlos. Una práctica sencilla consiste en observar qué estrategias efectivas utilizan en una conversación o en escribir algo en su vida diaria y luego integrarlas en actividades futuras para reforzar y expandir esas fortalezas.

2. Rechazar las divisiones binarias del lenguaje. Las escuelas suelen reforzar divisiones lingüísticas rígidas como inglés frente a español, apropiado frente a inapropiado o correcto frente a incorrecto. A primera vista, parecen simples diferencias lingüísticas, pero en realidad crean jerarquías con algunas formas de hablar consideradas legítimas y otras como problemáticas. Un buen ejemplo de esto es el llamado “lenguaje académico.” A menudo se enseña como si fuera una lista de rasgos o palabras que hay que aprender, pero en realidad es una ideología raciolingüística. Es decir, en la práctica, los estudiantes blancos suelen ser percibidos como quienes ya tienen lenguaje académico, mientras que los estudiantes racializados son percibidos como quienes usan un lenguaje coloquial o inadecuado. Partir de esa idea de carencia, por más buenas intenciones que haya, siempre va a reproducir ideologías del déficit, incluso en educadores que se consideran comprometidos con la equidad.

3. Partir de la fluidez inherente de todas las elecciones lingüísticas. A menudo se nos hace creer que categorías como el monolingüismo, la lengua estándar o el lenguaje académico representan formas únicas y homogéneas de comunicación. Sin embargo, si observamos más de cerca, descubrimos que incluso aquello que se presenta como estable es profundamente heterogéneo. Las personas que se identifican como monolingües no hablan de la misma manera con sus familias que en una entrevista de trabajo; lo que llamamos “estándar” varía según región, clase social y contexto; y hasta

dentro de lo considerado “académico” conviven múltiples estilos, voces y registros que se ajustan estratégicamente a diferentes propósitos y audiencias. Reconocer esta fluidez es clave, porque revela que la supuesta uniformidad de estas categorías es, en realidad, una ilusión ideológica. Mostrar a los estudiantes que no existe una sola manera correcta de hablar ni siquiera en los espacios más privilegiados les ayuda en entender el lenguaje como un repertorio dinámico que pueden usarse y expandirse según las situaciones y basado en nuestra propia identidad, voz y estilo retorico.

4. Incluir textos con diversas practicas lingüísticas. Es importante introducir a los estudiantes a textos que muestren una amplia diversidad de elecciones lingüísticas. Pero en lugar de enseñar los textos considerados normativos como modelos homogéneos que deben reproducirse sin variación, podemos analizarlos para visibilizar cómo sus autores cruzan de manera estratégica fronteras lingüísticas y retóricas para construir una voz y un estilo propio. De la misma manera, trabajar con textos considerados no normativos, especialmente aquellos que tienen un fuerte solapamiento con el repertorio lingüístico de los estudiantes, abre la posibilidad de mostrar cómo las prácticas culturales y lingüísticas de sus comunidades no solo son apropiadas en la escuela, sino esenciales para el desarrollo de voces autorales poderosas. Al leer todos estos materiales bajo un mismo lente, los estudiantes pueden ver que todas las prácticas discursivas implican creatividad, agencia y decisiones estratégicas. Esta mirada comparativa ayuda a que reconozcan que el desarrollo de una voz académica legítima no exige abandonar su repertorio, sino aprender a movilizarlo de manera estratégica para posicionarse ante distintas audiencias, siempre desde la riqueza de lo que ya traen consigo.

5. Crear espacios para cuestionar y transformar las convenciones. Reconocer que todos los textos cruzan fronteras lingüísticas abre puertas para invitar a los estudiantes a reflexionar en la creatividad autoral y crear sus propias voces como autores. De esta perspectiva la función de la escuela no es remediar supuestas deficiencias en los estudiantes sino funcionar como un laboratorio donde no solo se analicen textos, sino donde se produzcan nuevas formas de comunicación que desafíen lo que se entiende como legítimo. Esto implica diseñar actividades que permitan experimentar con distintos registros —por ejemplo, mezclar el estilo de un ensayo académico con la voz personal de una narrativa comunitaria— y analizar cómo cambia el significado y tono del texto cuando lo hacen. También significa legitimar practicas lingüísticas que a menudo se marcan como “inapropiadas”, como el uso de dos idiomas distintos, para mostrar que son recursos poderosos de expresión. De este modo, los estudiantes no solo aprenden a reconocer la diversidad lingüística existente, sino que participan activamente en la transformación de las convenciones, reclamando el derecho a construir su propia voz en los espacios académicos y más allá.

Sé que todo esto puede parecer desafiante, sobre todo frente a currículos rígidos que fueron creados desde la perspectiva del sujeto blanco oyente. Pero el cambio empieza con pequeños pasos. Cada vez que elegimos oír la riqueza lingüística de nuestros estudiantes racializados en lugar de deficiencias rompemos con siglos de colonialidad. Cada vez que los invitamos a reflexionar sobre sus elecciones lingüísticas, reforzamos su agencia. Y cada vez que nos permitimos aprender junto a ellos, transformamos la escuela en un espacio más justo y humano. La invitación es clara: la próxima vez que escuches a tus estudiantes, hazlo con oídos que no busquen deficiencia, sino que sepan reconocer fortalezas y posibilidades.